



Su puerta está justo debajo de la mía, de tal manera que cuando subo o bajo de mi casa, ella me está esperando en el rellano. No es curiosidad lo que siente sino rabia. Miedo al otro. Miedo a morir sin mano que la instruya al más allá, a su Dios de caramelo.

Dado que soy su vecina más próxima, quiere acabar conmigo. Me apesadumbra solo el hecho de encontrarla. Abre la puerta con brusquedad imperiosa y me reta con sus ojos vacíos de dama negra de los naipes. Igual que Dios, ella siempre está callada. Deja que hable a gritos su silencio. La veo como una radiografía que atraviesa el muro. Apresuro el paso. No quiero verla porque entonces duermo mal.

En su aparición de esta mañana consiguió hacerme tropezar con la alfombrilla de la puerta y a un tris he estado de caer encima suyo. En un ver y no ver me he escabullido escaleras abajo.

Los locos son mis personajes predilectos. Pero, ¿por qué tendrán la piel apagada y cetrina de los muertos?

A menudo la imagino subiendo al terrado del edificio, presa de un vértigo que la lleva a apartarse de la vida, y a tirar se al vacío.

Mi instinto de supervivencia me habría de llevar a no escribir sobre lo que no desearía para mi propia vida. Y la muerte de alguien a quien he amado me produce la impresión de haber sido de algún modo partícipe de ella. Yo, que lo escribo todo, hasta lo que no escribo.

Comienza a desparramar su material de guerra a lo largo de los peldaños de la escalera y el suelo de la portería. Ha creado un territorio de tortura para sus

vecinos. Cuesta verlo pero cuando lo descubres debajo de ti, produce escalofríos. Una alfombra de cristales rotos ha esparcido con cuidado para acribillar nuestros pies con las espinas de la sangre de Cristo. Este via crucis lo ha confeccionado sola o con la ayuda de la sombra de su marido muerto que vive con ella aunque no viva. Y ha consistido en romper todas las bombillas del interior del edificio para que la oscuridad sea total y la caída previsible. Cuando descubres su stratagema ya has andado un buen trecho sobre vidrios rotos. Evitar una o varias caídas contra el suelo espinoso no es un ejercicio fácil, sobre todo porque en la puerta de su sala la loca impertérrita se encuentra a la espera del desastre.

Hay locos que prefiguran los destinos adversos de la humanidad. Con esto está todo dicho.

Cuando algún vecino se ocupa de colocar nuevamente bombillas nuevas en los portalámparas de la escalera, ella vuelve a destrozarlos y a inundar el suelo con los vidrios.

Por lo que a mi concierne, subo y bajo la escalera en cosa de segundos.

Todavía no he caído.

Lo esencial es no perder el ánimo. Cada peldaño se convierte en una victoria ganada al enemigo.

Desearía construir una muralla protectora para las personas víctima de las acciones desestabilizadoras de la sociedad moderna. La situación ha llegado a un punto que no he tenido más remedio que cambiar de horario. Salgo de noche y duermo de día, cuando duermo. Tengo, con todo, momentos de encantamiento en los que recupero las energías perdidas en todo ese trasiego del defensa del medio ambiente vecinal.

Mi único deseo se reduce a no encontrarme con la loca de la escalera. Puedo pensar en salir armada por si acaso pero no soy una persona violenta. Me siento presa de una torturadora invisible. La conciencia de que cada día se repite el mismo espanto me aturde al punto de que casi al llegar a la esquina de la calle debo regresar a casa para aliviarme con la impresión de que el tiempo corre a favor mío.

Pienso: por simple regla de tres ella habrá de morir antes. Lo que es el colmo del pensamiento, desear la muerte de alguien para que la vida recupere su sentido.

Admito que la idea de matarme también me ha pasado por la cabeza. Algo inverosímil que llegue a ocurrir. Por eso me permito pensarlo.

Mi vida es como si torturaran con ella.

Me siento triste. Y cultivo mi tristeza como la planta preferida de mi jardín de flores. Al fin y al cabo, mi tristeza no es cosa de otro mundo. Tiene más que ver con lo que he sido que con lo que ya nunca podré tener ni poseer. A veces me sucede que cuando me desnudo tengo la impresión de andar vestida. Y al contrario también debe ocurrir, que cuando estoy vestida pensaré que estoy desnuda y vulnerable a la amenaza del mundo.

Es sábado y llaman a la puerta. Nada de timbres. Tres golpes suaves misteriosos. Si yo hubiera sido precavida habría inspeccionado antes por la mirilla pero hace calor y el día es transparente, de esos atardeceres en los que las sensaciones se acoplan a tu cuerpo como u... Suena algo de piano en el patio de manzana. Aun no es domingo y allí está ella con su mirada de farola nocturna. Lleva encima una bata a cuadros blancos y azules. Mantiene la boca apretada como si acabaran de darle un puñetazo. Guarda un silencio demudado, de esos silencios ridículos que doblan a muerto o a castigo. No vayan las palabras a descubrirle nuevas ideas a poner en práctica. Hay locos que pueden llegar a confundir miedo con demencia. ¿No estará pensando que yo soy una asesina? ¿Yo, la loca?

Avanza unos pasos en dirección a mi, Ahora me parece que la estoy viendo enfrente mío como dicen que una asesina se presenta ante su futura víctima. El rostro demacrado y ceniciento. Los ojos fuera de las órbitas. No lo invento. Viene acompañada de un verdadero armamento consistente en bolsas de basura que mantiene en derredor suyo y que sin mediar palabra lanza encima de mí, una tras otra, con un ímpetu tan obstinado que casi no me da tiempo a defenderme.

A duras penas consigo cerrar la puerta y dejarla afuera.

Hace mucho tiempo que no vivo. Todos los movimientos de la existencia han desaparecido por encantamiento. Ya no hay sonido de piano ni ruido de tuberías. El edificio parece estar vacío. Empiezo a tener conciencia de mi propia respiración. Me duele el pensamiento como si de un corazón externo se tratara. He comprado un congelador que me permite hacer acopio de alimentos. La loca ha cortado todos mis contactos con el exterior. Paso los días y las noches encerrada en casa. No soy yo. Y para tratar de ser otra se me ocurre cambiar de idioma pero acto seguido me doy cuenta de la falta de sentido que tendría ponerme a hablar en

un idioma extraño si tampoco hablo con nadie. Escribir, si escribo a mi manera, cuando escribo. Ya no recuerdo cuando escribí mi última página ni de qué iban mis pensamientos.

He encontrado cabellos blancos en mi cuarto de baño. Que yo sepa, no vivimos juntas aunque las paredes son tan finas y endebles que apenas sirven para ocultar lo que se siente. Renuncio a hurgar en huecos y orificios. Mi casa es una celda de la que puedo salir en momentos muy precisos. Le pregunto al peluquero y dice que van a llevarse a la loca a un centro de rehabilitación. Insiste en querer cortarme el pelo. Digo que no. No vayan a confundirme con ella y en el gran olvido que padece el mundo, mañana mismo o a más tardar el viernes, como ha dicho el peluquero, se equivoquen de vecina y sea a mi a quien vayan a encerrar en el loquero.

Tal y como preveía, ha sucedido en viernes. Lo he visto yo misma con mis propios ojos. He visto como la loca salía del portal y dos mujeres se la llevaban en volandas. Para mi asombro, no ha protestado. Nadie sabe lo que hace y somos todos juguetes del destino. Tampoco ha gritado. Lo que me escama sobremanera ya que la protesta es la prueba de que no se ha atravesado ningún infierno.

El haber sido liberada de la loca debería darme una seguridad anímica que todavía estoy lejos de sentir. Me levanto de la silla y escucho. No se oye otro sonido salvo los pasos ajenos de la calle incierta. Bajo yo misma al portal para verificar si han entrado visitas extrañas o bien se oculta algún ladrón aprovechando la oscuridad de los rellanos. Algo ha crecido a mi alrededor. La casa es más grande. Y las palomas apenas distinguen la azotea del interior immaculado de mi casa. Golpean el cristal de mi ventana mientras buscan con sus ojos demoníacos la mirada vidriosa de la vecina loca. Cuando no son las palomas son los ojos vidriosos de la loca los que me persiguen. Yo grito. Ella grita. Busco en la pared y la veo espiar por mi ventana. Sé que son imaginaciones mías. Cultivo mi pensamiento como la única flor de mi dormitorio. La soledad es una suerte de liberación que conduce más rápidamente al hundimiento. Poco a poco voy perdiendo mis cabellos. Es cosa de los nervios, ha dicho el peluquero. Debería salir un poco. Airearse. Ir al cine.

Un alivio sería poder llegar a la churrería de la plaza a comprar una bolsa caliente de churros.

La trajeron esta tarde. Ha venido con una perrita alemana que ladra todo el tiempo. Desde que ha regresado parece menos loca. Ha querido poner flores en los tiestos de su balcón y también un pájaro amarillo que canta todo el tiempo dentro de su jaula.

Los ruidos de la calle han invadido progresivamente la casa. Mi vida se ha convertido en un eterno estar en la ventana. Que si entra. Que si sube. Si se quedara encerrada para siempre.

La mujer del peluquero viene a menudo a visitarla y hablan en un idioma incomprensible para mí. Murmuran a espaldas mías. Oigo sus cuchicheos a través de la pared tan frágil que apenas siento que existe. Que si la loca vecina del tercero. Que si salgo a la calle desnuda y con un cepillo de pelo en la mano. Quieren volverme loca. Por eso hablan y hablan todo el tiempo. Lo que ellas quieren es matarme. Encuentro cabellos sospechosos en el cuarto de baño. Llevo una semana amontonando bolsas azules en el rincón del patio. Actuar así es solo un modo de protegerme con bombas de ataque y de defensa.

    Mi palabra favorita es silencio.

    Acabo de oír pasos sospechosos acercarse a mi rellano. Voy a abrir la puerta para enfrentarme al miedo.

Se diría que lleva una vida normal aunque sus ojos no descansen ni un segundo, ni para dormir siquiera. Nada de lo que sucede en la calle ha de escapar de su radio de visión. La calle es una amenaza y las personas, enemigos brutales de un campo de batalla de los que debe protegerse y eliminar cuando haga falta. Quiere rezar y llorar. Un alma nueva, un cuerpo deshabitado.

No escribe, ni pinta ni habla por teléfono. Miento. Cuando se siente sola y triste le da por escribir algunos versos. Muy malos. Sobre todo, demasiado cursis y clarividentes. Entre su mundo y la vida hay un muro de sombras inhumanas. Ni piensa en derrumbarlo. ¿Qué haría en el otro lado? Lanzada como una muñeca de feria con los ojos clavados al infinito y esta cara de susto permanente.

Apenas habla con nadie.

A horas imprevistas, cierra la puerta de su casa y sale a la calle a comprar algo de comida, cuatro patatas escasas, un poco de fruta, una coliflor y uno o dos periódicos del día. Los periódicos no los lee. Forma una pila con ellos y se dedica a meterlos en bolsas de basura que amontona en el patio.

Mala señal descubrir bolsas de basura amontonadas en una casa oscura donde vive una mujer triste y solitaria.

Si escribiera que su alma está cansada de la vida tal vez se encontraría mejor. Si pudiera razonar su tristeza y su soledad tal vez mejorarían sus días junto a Shakespeare y García Lorca. Son sus dos únicos libros de la casa.

O tal vez no.

Leer es aprender a equivocarse.

¿Qué sucedería si por descuido cayera una cerilla encendida desde cualquier ventana del patio e incendiara la montaña de bolsas de periódicos? Montañas azules cada día más altas. Y a todo este ejercicio nocturno llamarlo locura.

En el barrio han empezado a contar historias raras de su vida. Que si de joven vivió en Ibiza cuando los tiempos de los primeros hipis. Que si las drogas psicodélicas. Que si la muerte del marido. Que si tuvo como amante a un

cantautor de la trova catalana. Que si sus sueños estrafalarios de actriz de tercera categoría, desconocida y fracasada.

La única verdad que ha podido probarse sobre ella sucedió pocos meses atrás, la mañana en la que salió de su casa completamente desnuda y anduvo calle arriba con el bolso de mano colgado del brazo.

Es una enfermedad risueña la de caminar desnudo por la calle llena. Descaro e inocencia a un tiempo.

¿A dónde irá con esa pinta?, se preguntaban desconcertados los vecinos. Hubo muchos que salieron a la calle para verla pasar. ¿En qué estaría pensando? Pero ella no pensaba en nada. Acaso se sintiera libre. Se levantó el viento y volaban sus cabellos.

No estamos en la playa, gritó alguien. Pero ella ni caso. Seguía muy digna su camino. La única tragedia es que no sabía lo que estaba haciendo. No hubo nadie tampoco que se atreviese a detener a una mujer desnuda que a paso lento y despreocupado caminaba hacia la Plaza Mayor.

Una vecina le manda un saludo. Luego, ríe a sus espaldas. La dependienta del supermercado sale con un abrigo decidida a aprovechar la ocasión de echarlo encima de la pobre mujer. La mira sin saber si la está viendo. Sonríe con el brillo de su rostro encerado y pasa de largo haciendo caso omiso de las buenas intenciones de la dependienta. No ha visto ni el saludo ni la burla. Aprieta el bolso contra su pecho. En el lugar de la boca tiene una cicatriz. La soledad le ha dejado malherida. ¿O será la locura? ¿O la suma de ambas cosas?

Vista de lejos parece una figura de un escaparate de comercio. Si no fuera porque son las doce del mediodía se diría que va sonámbula. Mira pero no ve. Camina con una idea fija en la cabeza y va decidida a cumplirla.

Al llegar a la plaza de la iglesia, tuerce a la derecha y se detiene frente a la churrería de la esquina. Ha conseguido ser la única clienta que el churrero tiene delante del mostrador. El resto de los clientes han desaparecido como por encantamiento. Permanecen a varios metros de ella intercambiando palabras en voz baja mientras se limitan a contemplar la escena. Un eclipse de sol a esta hora punta del otoño no hubiera dado tanta agitación a la calle como el paseo calle arriba calle debajo de la mujer desnuda.

La ven colocar sus manos sobre el mostrador blanco como si pidiera permiso para ser atendida dada la ausencia de clientela. Le reclama al churrero una bolsa de churros del tamaño grande, y que sean calientes. No se atreve a pensar lo que ve en las miradas casuales de los transeúntes. Alguien dijo que lo que no es posible comprender no se siente. Está casi temblando de un frío que tampoco le toca mentalmente.



Pregunta cuánto debe y abre su monedero para pagar el debito. Cuenta las monedas con parsimonia. El churrero no sabe qué hacer con los ojos y permanece mudo ni demasiado fraternal ni excesivamente altivo para no desconcertar a la mujer desnuda. Acepta el dinero y saluda a la mujer que dice gracias, buenos días.

Aprieta la bolsa de churros contra el pecho y toma el camino de regreso a casa. La misma calle por donde ha venido.

Va tan seria y tan puesta que los de la calle tienen que pensarlo dos veces antes de decir que la mujer tiene la cabeza perdida o está loca. Este es un barrio tranquilo y catalán donde los haya que expulsa a los vecinos tarambanas y revisa las cuentas bancarias de los inquilinos extranjeros.

La mujer se permite dar un saludo al hombre del quiosco. Lo hace con un simple movimiento de cabeza. El quiosquero y la dueña del estanco tienen los ojos bien abiertos para simular que los mantienen cerrados a la realidad de la mujer desnuda.

Unos esperan que la loca vuelva a aparecer desnuda por la calle. Los empleados de comercio saldrán afuera y robarán unos minutos al tedio del oficio. Pero se equivocan. en sus siguientes salidas lo hará vestida. Le da la impresión de que todo el barrio está de malas contra ella de ahí que siga con su afición que la lleva a fabricar pelotas de papel con los periódicos. Los vecinos de su escalera son sus peores enemigos y está segura de que van a por ella. Va llenando lentamente su tiempo con diversas estrategias con las cuales defenderse. Los vencerá en el primer asalto. Piensa atacarlos con clavos y cristales. Tiene la artillería formada. Todo preparado para el día previsto.